

LA HISTORIA VIVIDA

Alevoso ataque a unas fragatas de caudales, o hidalguía española *versus* perfidia inglesa

El 9 de agosto de 1804 zarparon de Montevideo, rumbo a Cádiz, cuatro fragatas españolas: la *Clara* y la *Mercedes*, que provenían de El Callao; la *Fama*, que lo hacía desde Manila, y la *Medea*, procedente del Río de la Plata. De ellas, la más veloz era la *Fama*, y la más lenta, la *Mercedes*.

La flota que componían las cuatro fragatas navegaba a las órdenes de don José de Bustamante y Guerra, ex gobernador de Montevideo, que viajaba a bordo de la *Medea*, la mejor de las cuatro fragatas, del porte de 40 cañones. Le acompañaba el mayor general don Diego de Alvear, embarcado en la *Mercedes* acompañado de su familia. Repentinamente, el capitán de la *Medea* cayó enfermo, así que Alvear hubo de transbordar a la fragata en cuestión para asumir su mando. Su familia, no obstante, permaneció en la *Mercedes*, si bien su esposa, María Josefa Barbastro, pidió a su marido que se llevase con él a Carlos María, niño travieso donde los hubiera.

En la *Clara* viajaba otro niño, Tomás de Iriarte, de diez años, quien andando el tiempo relataría en sus memorias los hechos que nos ocupan. La flotilla transportaba cuatro millones de pesos, a razón de un millón en cada una de las fragatas. Los caudales, que procedían del Perú y del Río de la Plata, pertenecían tanto a la Corona como a particulares. A bordo de las fragatas viajaban asimismo numerosos comerciantes enriquecidos.

Arribados los barcos a las Canarias, don José de Bustamante y Guerra, inquieto por la situación internacional, aún en la mar, se tropezó con un bergantín inglés que llevaba a bordo diarios madrileños. España se hallaba en paz con Inglaterra. No había nada por lo que temer.

El 5 de octubre de 1804, transcurridos cincuenta y siete días de navegación, las fragatas se hallaban a 25 millas de Cádiz. Tranquilizados los ánimos con las noticias de los diarios, todo apuntaba a que la travesía iba rematarse felizmente. Pero de repente, desmintiendo tan halagüeños presagios, las cuatro fragatas vieron cómo otras tantas inglesas les salían al paso. Los buques británicos habían zarpado del mismo Cádiz, donde sus dotaciones habían confraternizado con los españoles y disfrutado de hospitalidad y atenciones con que los agasajó el gobernador de la plaza, general Solano. Hidalguía española *versus* perfidia inglesa.

La fuerza británica era superior; dos de sus buques eran navíos rebajados, y según Tomás de Iriarte, su capacidad artillera excedía con mucho de la española, merced a la ventaja que le confería llave de fusil adaptada al oído del cañón, innovación que le aportaba disparos más rápidos y mucha mayor puntería.

Mandaba la agrupación inglesa el comodoro Moore, quien juntó el *Indefatigable* con la *Fama* y la *Medusa* con la *Clara*. Las fragatas españolas debían

seguir aguas a sus captoras hasta arribar a puerto inglés, donde —la bolsa o la vida— habían de entregar el caudal íntegro que transportaban.

Pero Bustamante y Guerra rechazó de plano las pretensiones británicas. Ordenó izar señal de “peligro en la derrota”. Sin embargo, hubo un error en la transmisión de la orden, que sembró la incertidumbre entre las demás fragatas.

Los ingleses, ante la perplejidad española, abrieron fuego. Las dotaciones hispanas, tras unos iniciales momentos de desconcierto, opusieron una recia resistencia. Tras quince minutos de enconada lucha, las balas rojas disparadas desde el *Amphion* hicieron volar a la *Mercedes*, donde, como vimos anteriormente, viajaban la mujer y siete de los hijos de Alvear. Don Diego y su hijo Carlos María, quien años después sería uno de los líderes más destacados de la independencia argentina, observaron consternados el drama desde la *Medea*, incapaz de prestar ninguna ayuda.

A bordo de la *Clara* iban los comerciantes del Perú y los españoles de regreso a Europa. Apiñados en la bodega, combatían su turbación rezando el Santo Rosario, mientras soportaban las burlas de Tomás de Iriarte y de otro niño, el peruano Cárdenas, a quienes, dados sus pocos años, el sobresalto de los pasajeros movía a risa. Así, en esta actitud orante, terminado el enfrentamiento les sorprendió un capitán inglés, quien les tranquilizó comunicándoles que no eran prisioneros de guerra, que el único propósito británico era evitar que el tesoro americano llegara a manos de Napoleón.

Los detenidos fueron conducidos a Inglaterra, adonde llegaban constantemente cautivos españoles, en flagrante violación del derecho internacional.

A consecuencia de estos hechos, donde se contraponen perfidia —por cuenta inglesa— e hidalguía —por parte española—, España declaró la guerra a Inglaterra el 12 de diciembre de 1804. Pero ésa es ya otra historia.